

ción deficiente, hé ahí el vergonzoso fin de una vida de crápula y de disipación!

¡Hé ahí hombres todavía jóvenes, de aspecto macilento, pálidos y demacrados, para quienes la muerte en sus insondables misterios sería una suprema felicidad!

¡Hé ahí naturalezas apocadas, apáticas, minadas por la anemia; hé ahí una vejez prematura ocasionada por la inercia!

¡Hé ahí, en fin, la miseria en sus tristes y dolorosas manifestaciones!

Singular contraste el que ofrecen estos perezosos fantasmas con la energía y actividad de los hijos del trabajo, palancas de la civilización y sólidas columnas del progreso.

El hombre que zurca impávido la escabrosa senda de la vida; el hombre á quien los azares de la fortuna no amedrentan; aquel que sufre con heroica resignación las privaciones de la vida; aquel que tras luengos años de incesante trabajo lega al mundo el fruto de su inteligencia, glorioso patrimonio de una vida de bienandanza y probidad, deja un tesoro en su recuerdo que la posteridad ha de respetar y bendecir.

El trabajo es la adorable pesadilla de esos esclavos del saber; el trabajo en el hombre laborioso y culto, está identificado con su existencia; vive para trabajar, y trabaja para vivir.

Para él una vida sin ocupaciones, es monótona y pesada, es el enrarecimiento de sus fuerzas físicas, en una palabra, es la abreviación de su existencia, el apresuramiento de su muerte.

Y no obstante este sacrificio perpetuo, no obstante ese eterno yugo, á pesar de esta obligada dependencia ¡cuán ingratamente es retribuido, á qué cúmulo de contrariedades está sujeto, qué rudos embates sufre de esa sociedad emponzoñada con el virus de la crítica mordaz y acerba!

Esas aspiraciones mal encubiertas esas añejas tendencias, esas relaciones más ó menos justificadas que tienen exaltados los ánimos de todas las naciones, donde ha penetrado la civilización, esa causa universal, que asentándose en la vieja Europa, extendiera su poder en ambos mundos, puede decirse que está hoy *sub júdice*.

Esa causa, sólidamente arraigada en millones de almas, en que no se sabe que es lo que predomina, si el fanatismo ó la justicia, entraña la resolución de un arduo problema de universal trascendencia, originado por absurdas imposiciones.

Hé ahí la serie de contingencias á que están sometidos los hijos del trabajo, dignos por múltiples razones de seria atención.

(El Correo Español de México)

Las niñas deben dedicarse al trabajo.

"En vano naturaleza
Nos da las prendas más raras;
Jamás producirán fruto
Si el trabajo no las labra."

¡Qué veneración tan profunda inspira una niña que, levantando su frente con orgullo, se la mira sus sienes ceñidas con la aureola del sudor de su frente!

¡Cuán puro y resplandeciente el semblante de una niña que, guiada por el trabajo, constituye el tesoro más preciado de sus amorosos padres!

Las niñas en su juventud vienen á ser el alma y balanza en la sociedad de los pueblos civilizados; ellas, que es-

tan llamadas á ser las amorosas compañeras del hombre durante los días de su existencia, deben procurar por medio del trabajo, no quedar como piedras preciosas olvidadas en las entrañas de la sociedad.

La cualidad más trascendental que el hombre puede encontrar en una joven, es la de que llegue á ser apreciada, de que siempre se la encuentre entretenida en algo útil, tendente á su progreso material, intelectual ó moral.

Virtud es esta que constituye la más positiva é impercedera belleza de una mujer, pues cada paso que da tiende á alejarla del insondable abismo de la ociosidad.

¡Qué goces inefables no experimenta la cariñosa madre al contemplar á esos angelitos del hogar doméstico, industriosos y obedientes!

La estimación y el respeto es la mayor gloria para la mujer; pero esta gloria no se obtiene sino por el trabajo y el mérito.

La constancia en el trabajo es una virtud salvadora.

¡Qué hubiera sido de la virtuosa Penélope si no se hubiera constituido en esclava del trabajo durante la ausencia del rey Ulises?

"La ociosidad es la madre de todos los vicios."

Sí, la ociosidad es esa engañadora sirena que con sus hechizos trata de hundir al diligente en el abismo de la ignorancia, del deleite y de la vanidad.

Necesario es que las niñas procuren huir de esa encantadora maga que tanto se afana por atraerlas á su seno, para salir triunfante en sus propósitos. Pero ahora me preguntarán, cuáles son esos propósitos? ¡Ay! ¡el ingenio más claro y privilegiado se oscurece al pensar solamente en los triunfos de esa deidad sobre las jóvenes de este tiempo!

La conciencia es el juez inexorable á quien tienen que ceder las niñas que, apartándose del celestial camino de la virtud, se han dejado conducir por el de la pedantería, ó la holganza, la maldad y la maledicencia.

La mente de las jóvenes, cuyos corazones han llegado á cierto grado de extravío, mántiense preocupada en resolver un gran problema. *El problema de las apariencias.*

No, amadas niñas. Las mayores apariencias exigen mayores gastos, y el resultado de ese problema es conducirnos al lujo, el lujo al despilfarro, el despilfarro á la pobreza y á la miseria.!

Alejad el pensamiento de arrastrar una larga y rica cola de terciopelo; en pisar las ostentadas alfombras de Persia; en haceros un piramidal peinado; en aprisionar vuestros bien delineados cuerpos, según las exigencias de la moda para no llegar á lo ridículo.

Sí, queridísimas niñas: sobre vosotras conferenciamos, conjeturamos, deducimos consecuencias en nuestras charlas cotidianas así como ¡vosotras también hacéis lo mismo con nosotros!

Cuántas veces hemos tenido ocasión de ver á una niña saltar de placer y regocijo al recibir una tarjeta de invitación á un baile con motivo de . . . pero de momento hemos oído un "¡ay mamá! estas son las ocasiones de salir airosas y me hace falta un elegante vestido de las ricas fábricas de Rohan, adornado con los más caprichosos encajes de Lille; un sombrero con adornos de plumas carísimas, etc., etc."

La madre se acongoja, se afiije y exaspera al consultar su bolsillo que se encuentra exahusto, y, aunque comprende que todo esto no es más que vanidad, humo, nada; necesario es

complacer el capricho de la niña porque por fin, una madre para cien hijos.

Error imperdonable que está al alcance de la inteligencia menos favorecida por el Criador.

Una joven pobre, de blanco y aseado vestido, adornada de verdaderas cualidades morales, vale más que una de costosísimo ropaje; y el hombre sensato, admirando en la primera el juicio, la dignidad y la conformidad con la suerte, viene á crear en su mente el paraíso de todas sus ilusiones (sin temor de equivocarse) en la hija de una madre cuidadosa de sus intereses, económica y hacendosa.

Adolecemos de defectos, amadas niñas, porque sobre lo creado nada hay perfecto. Por eso apunto algunos males con el fin de que la mujer ocupe el elevadísimo puesto á que está llamada sobre la faz de la tierra.

Por esto, amabilísimas jóvenes, no me considero vuestro enemigo. No: no he hecho más que observar y señalar defectillos que aparecen á la luz del día, para poder llegar á mi deseado fin.

San Salvador, julio de 1681.

I. Adivio.

De El Municipio Salvadoreño.

ASOCIACION TIPOGRAFICA.

Para entrar en materia y aunque parezcamos demasiado exagerados, vamos á permitirnos hacer consideraciones generales del caso.

Tiempo há que venimos notando los que profesamos el arte tipográfico la necesidad que tenemos de formarnos en Asociación, tanto para nuestros días de fausto y regocijo cuanto más para los momentos críticos de tristeza y duelo, motivo que nos obliga á tomar la iniciativa en este asunto, á fin de que, mejorando la condición del tipógrafo en Costa Rica, llevemos á la realidad una idea que ha tiempo se halla en embrión.

Todo principio es trabajoso y hasta difícil, pero eso no es suficiente para que nosotros, jóvenes y vigorosos, nos estrelláramos contra la formidable valla de un "NO SE PUEDE."

Las sociedades como los hombres no pueden ser fuertes si su unión no es sólida y estable; mas para conseguirlo hay que consultar las conveniencias, sin pasión, bajo todo punto de vista, no dando pábulo á ruindades. Echamos á un lado preocupaciones absurdas y trabajemos, hasta agotarnos, si fuere necesario, porque no se nos califique de culpables de nuestro infortunio y de indiferentes en nuestras desgracias.

Tratamos, pues, de que los tipógrafos de la República y todos aquellos fuera de ella que lo deseen, nos unamos y organicemos en cuerpo compacto para trabajar en sentido progresivo.

•••

Legítima será la emoción la primera vez que nos veamos reunidos y ya organizados con el fin de discutir nuestros intereses tanto sociales como particulares, y más legítimo aun el orgullo para aquellos que apartando escollos sin cuento hayan podido llegar á la meta de sus nobles propósitos.

La situación económica que nos han legado nuestros mayores en materia de imprenta y que se perpetúa indefinidamente, es causa de que el tipógrafo en Costa Rica, á pesar de su tarea incesante y de economías estrictas, jamás haya podido mejorar su estado y condición, debido á qué? Á que no se ha propuesto de veras á arrostrar las consecuencias de un desengaño posible aunque con noventa y nueve probabilidades de adquirir triunfo, sólo por temor talvez infundado á nuestro carácter, variable en sí, pero firme cuando se resuelve.

El tipógrafo, perdónesenos la poca modestia en este sentido, no puede decirse que sea un artesano vulgar, porque

su profesión no le permitiría nunca rebajarse á la condición de tal, pero está, como el que más, sujeto, quizá sin razón, á vegetar bajo el triste espectáculo de las privaciones, por cuanto no hay una mano generosa que lo ayude á levantarse de la postración en que se halla desde tiempo inmemorial, como dijimos antes.

Por ventura en Centro América, ya no digamos en Costa Rica, sobra trabajo, caridad y buen corazón, y hasta la fecha á nadie hemos visto perecer de hambre; pero quién nos podría responder de qué no llegará un día en que sobreviniéndole al obrero la ancianidad, las enfermedades ó la invalidez, se vea forzado á reprimir su orgullo natural, á estrujar sus sentimientos de hombre libre para ir á un hospital ó á una casa cualquiera de beneficencia á implorar la caridad del prójimo!

Tales pueden ser en día no lejano las circunstancias del tipógrafo, dada su condición actual.

No es la primera ocasión que estos artifices del progreso moral de las naciones hayan dado muestras inequívocas de generosidad y desprendimiento, al menos aquí, en distintas obras de humanidad y compañerismo; y no es tampoco la primera vez en que nosotros palpemos la necesidad, cada día creciente, que tenemos tanto de la asociación tipográfica y de una caja de socorros mutuos, como también de reglamentos y leyes que nos rijan en materia de trabajos, necesidades todas que están en la conciencia de cada obrero. El entusiasmo febril que despierta en ellos una acción caritativa, como la de mitigar en parte siquiera el sufrimiento de un compañero, nos llena el corazón de gozo y nos alienta á emprender un trabajo muy superior á nuestras facultades.

Al tipógrafo no se le ha hecho nunca la justicia debida por nadie. Uno que otro escritor celebrado al fin se acuerda de él y le dedica cuatro renglones en su honor, con lo cual es cierto, lo estimula á ser más constante é infatigable en su obra de dar luz á la humanidad con sus libros, pero no lo saca del marasmo en que se halla sumido por su condición ingrata.

Pues bien: tal estado de cosas es lo que pretendemos transformar. Lo que deseamos conseguir vehementemente es que al tipógrafo laborioso no le falte jamás el trabajo; que el precio de éste sea verdaderamente remunerador y equitativo; que el tipógrafo tenga medios de valerse en épocas de suspensión de trabajos, de enfermedades ó de vejez. El cómo encontrar estos medios es lo que nos ha impulsado á escribir los presentes renglones.

Creemos que si los tipógrafos lográsemos entendernos, mancomunarnos en proyectos y aspiraciones, podríamos hallar en medio de las ideas propuestas, siquiera las indispensables á la solución del gran problema "social." Necesitamos elementos y decisión para saciar nuestra sed de reformas.

Ha llegado, pues, la hora, concolégas, de que arrojemos al olvido rencillas y preocupaciones lugareñas y de que desterremos por completo el egoísmo de nuestros pechos para emprender la marcha en la vía del progreso.

Muy triste y doloroso sería que nosotros nos dejáramos dominar impotentes por los obstáculos y no pudiéramos amalgamarnos en ideas y aspiraciones; muy triste porque somos casi la excepción de los obreros que no nos encontramos ligados con vínculos de fraternidad y compañerismo. En toda parte del mundo el obrero vive unido; y aun aquí mismo se nota ya adelante en ese sentido. En prueba de nuestro aserto, ahí están los gremios de pintores, carpinteros, albañiles, etc., entre los cuales ha habido algunos que hasta el Gobierno les ha dispensado apoyo, sin duda por el fin loable que persiguen.

Y por qué los tipógrafos habíamos de desdeñar la persecución de un fin tan altamente grande?

Deseamos por el momento que la Asociación fuese exclusivamente de tipógrafos, inclusive encuadernadores, foliadores etc., factores importantes de la Tipografía, nadie, estamos seguros dejará de comprender la razón que tengamos para ello.